

# LOS SUFÍES

Idries Shah

Introducción de Robert Graves



“Un pensamiento místico  
y un estilo de vida que ha producido  
un enorme impacto  
en Oriente y Occidente”

El presente libro es, probablemente, el texto más importante que se ha escrito sobre los sufíes. Es ya un *clásico*.

Robert Graves, en la *Introducción*, nos recuerda que los sufíes no son ninguna secta, no están sujetos a dogmas, ni utilizan lugares de culto; no tienen ciudad sagrada, ni instituciones monásticas, ni organización religiosa de ninguna clase. El sufismo ha adquirido cierto aroma oriental por causa de la larga protección que le dispensó el Islam, pero el sufí es tan propio de Oriente como de Occidente. El sufí representa, precisamente, la tradición secreta que se encuentra detrás de todos los sistemas religiosos y filosóficos.

Estar en el mundo pero no ser del mundo, liberarse de ambiciones, codicias, jactancias intelectuales, obediencia ciega a las tradiciones, o a personas de alto rango: tal es el ideal del sufí.

El sufí es, ante todo, un místico, y la mística ha sido siempre mal vista por las religiones institucionalizadas. A través de un fascinante recorrido, lleno de penetración y erudición, Idries Shah se concentra, especialmente, en la propagación del pensamiento sufí desde el siglo VII hasta nuestros días. Así nos va descubriendo las sutilezas de los grandes poetas inspirados en el sufismo y la penetración en Occidente de un modo profundo de entender el mundo. Más aún: la misma ciencia moderna hunde sus raíces en el pensamiento sufí que enseña que la espiritualidad no puede ser otra cosa que experiencia.

*Los insulares.* Caligrafía sufi, dibujada por «Mohamed hijo de Shafiq» (1291), de la orden de Derviches Danzantes. Sugiere la imagen de un barco lleno de gente.

## INTRODUCCIÓN

Los sufíes forman una antigua masonería espiritual cuyos orígenes nunca han podido ser averiguados ni datados. Tampoco ellos, por su parte, demostraron excesivo interés en tales averiguaciones, contentándose con señalar la localización de sus ideas en distintos lugares y épocas. Aunque por lo común se les confunde con una secta musulmana, lo cierto es que los sufíes se acomodan a cualquier religión, del mismo modo que los «masones libres y aceptados» utilizan en sus logias aquellos libros sacros —la Biblia, el Corán, la Torah— que estén reconocidos por un Estado temporal. Y si consideran al Islam como «soporte» del sufismo es porque, a su modo de ver, la enseñanza secreta de éste se encuentra tanto en el fondo de dicha religión como de cualquier otra. Según Ali el-Hujwiri, uno de los primeros y autorizados escritores sufíes, Mahoma dijo: «Quien escuche la voz del pueblo sufí y no diga *aamin* (Amén) quedará señalado como un necio ante Dios.» Otras muchas tradiciones relacionan a Mahoma con los sufíes. Y fue a la manera sufí como el profeta ordenó a sus seguidores respetar a los pueblos del Libro, es decir a aquellos que poseen sus propias Escrituras sagradas, grupo en el que más tarde se incluyó a los zoroástricos.

Los sufíes no son una secta porque no están sujetos a dogmas por sencillos que sean, ni utilizan lugares de culto. No tienen ciudad sagrada, ni instituciones monásticas, ni organización religiosa de ninguna clase. Incluso les disgusta verse designados por un nombre específico ya que esto

podiera tomarse por inclusión en una forma doctrinal. El vocablo «sufí» no es más que un mote —como puede serlo «cuáquero»— que aceptan de buen grado. Se refieren a ellos mismos como «amigos» o «iguales entre sí» y se identifican por ciertas dotes naturales, costumbres, aptitudes y maneras de pensar. Las diversas escuelas sufíes se formaron alrededor de unos maestros; pero en ellas no se concede ningún grado, y sólo funcionan en beneficio de quienes deseen perfeccionarse por su contacto con otros sufíes. El trazo peculiar de la signature sufí figura en una literatura muy dispersa, desde por lo menos el segundo milenio antes de Cristo, y aunque su mayor impacto en la civilización tuvo lugar entre los siglos VIII y XVIII, los sufíes continúan tan activos como siempre. Su número se acerca a los cincuenta millones. Lo que hace difícil clasificarlos o encuadrarlos es que su identidad no se basa en términos morales o psicológicos tal como los conocemos habitualmente sino que el que entiende y penetra ése es un sufí. Y aunque la conciencia de dicho ingrediente secreto puede agudizarse por contacto con sufíes más expertos, no existen entre ellos graduaciones jerárquicas sino tan sólo el reconocimiento tácito de la mayor o menor capacidad de un colega.

El sufismo ha adquirido cierto aroma oriental por causa de la larga protección que le dispensó el Islam, pero el sufí es tan corriente en el Este como en el Oeste, y lo mismo puede ir vestido de general que de campesino, ser mercader, abogado, maestro, ama de casa o desarrollar cualquier otra actividad. «Estar en el mundo pero no ser del mundo», liberarse de ambiciones, codicias, jactancias intelectuales, ciegas obediencias a usos y costumbres o temor a persona de más alto rango, tal es el ideal sufí.

Los sufíes respetan los ritos de cualquier credo siempre que coadyuven a favorecer la armonía social, pero amplían las bases doctrinales de toda religión siempre que sea posible, definiendo sus mitos desde un enfoque superior, como por ejemplo, al explicar a los ángeles como representacio-

nes de las más nobles facultades humanas. Se ofrece al adicto un «jardín sagrado» en el que cultivar su entendimiento, pero no se le pide que se haga monje o ermitaño, como en el caso de los místicos convencionales. Su formación se basa en Ja experiencia —«el que comprueba, sabe»—, no en argumentos filosóficos. La más antigua teoría conocida sobre la evolución es de origen sufí; pero aunque los darwinianos la emplearon en el curso de la gran controversia del siglo XIX, el concepto sufí se aplica más al individuo que a las razas. El lento progresar del niño hasta llegar a adulto es sólo un estadio en el desarrollo de potencias superiores cuya fuerza dinámica se basa en el amor y no en el ascetismo o en la inteligencia.

El conocimiento se alcanza por el amor, tomando a éste en el sentido poético de la perfecta devoción a una musa que, no obstante los aparentes dislates que pueda cometer o por irracional que su conducta nos parezca, sabe perfectamente lo que hace. Rara vez otorga a su poeta señal de sus favores; pero compensa su devoción con un impulso vivificante. Así un árabe español de Murcia llamado Ibn el-Arabi (1165-1240) al que los sufíes consideran su Poeta Máximo, escribió en su *Tarjuman el-Ashwaq* (Intérprete de los deseos):

*Aunque me incline ante ella como es de rigor  
pero ella no devuelva mi saludo,  
¿tengo derecho a alguna queja?  
Una mujer hermosa no está obligada a nada.*

Este tema amatorio entró más adelante a formar parte del culto extático a la Virgen María, quien hasta las Cruzadas no había ocupado una posición demasiado importante en la religión cristiana. Y hoy día se la venera con mayor intensidad precisamente en aquellas partes de Europa que

estuvieron más influidas por lo sáfico. Ibn el-Arabi habla de sí mismo en los siguientes términos:

*Mi religión es el Amor.  
Unas veces me llaman  
pastor de gacelas (sabiduría divina),  
otras monje cristiano,  
o sabio persa.  
Mi amada es Trina y al mismo tiempo una.  
Muchas son las cosas que parecen tres,  
pero son únicas.  
Ella no tiene nombre,  
por no poner límites a quien  
toda limitación resulta incierta.*

Los principales propagadores del pensamiento sufí fueron sus poetas, quienes lograron la misma reverencia que los *ollamhs* o maestros bardos de la Irlanda medieval primitiva, y utilizaron un lenguaje secreto similar, basado en referencias metafóricas y en cifrados verbales. El sufí persa Nizami escribe: «Bajo la lengua del poeta se esconde la llave del tesoro.» Dicho lenguaje secreto actuaba como defensa contra la vulgarización o institucionalización de unas maneras de pensar aptas tan sólo para quienes se creen capaces de entenderlos, y asimismo contra posibles inculpaciones de herejía o de desobediencia a las autoridades. Citado ante una inquisición islámica en Alepo, que le acusaba de inconformismo, Ibn el-Arabi declaró que sus poemas eran metafóricos y que se referían al mensaje divino del perfeccionamiento humano por medio del amor a Dios. Citó como precedente Ja incorporación a las Escrituras hebreas del amatorio Cantar de los Cantares salomónico, interpretado oficialmente por los sabios fariseos como metáfora del amor de Dios hacia Israel, y por las autoridades del catolicismo como metáfora del amor de Dios hacia su Iglesia.

En su forma más evolucionada, dicho lenguaje secreto utiliza raíces consonánticas semitas, con las que ocultar y revelar significados. Incluso los estudiosos occidentales parecen no haber caído en la cuenta de que las populares *Mil y una noches* poseen un contenido sáfico. Su título en árabe *Alf layla wa layla* es una frase cifrada indicadora de su contenido y de su intención principales, a saber: «Fundamento de los Protocolos.» Sin embargo, lo que a primera vista pudiera parecer ocultismo oriental es en realidad una antigua y conocida forma de pensamiento originada en Oriente. Muchos escolares ingleses y franceses empiezan sus lecciones de historia con la mención de sus antepasados druidas arrancando muérdago de un roble sagrado. Aunque César atribuía a los druidas la posesión de misterios ancestrales y de un lenguaje secreto, la ceremonia en cuestión parece tan inocua —el muérdago se sigue utilizando en los adornos navideños— que pocos lectores se detendrán a reflexionar sobre su auténtico significado. Y en cuanto a la creencia popular de que los druidas emasculaban virtualmente al roble, no es más que una mención carente de sentido.

Cualquier otro árbol, planta o hierba al que se dé el nombre de sagrado posee cualidades especiales. La madera del aliso es impermeable y de sus hojas se extrae el tinte «rojo real». El abedul cobija al hongo alucinógeno de «casquete»; el roble y el fresno atraen al rayo que alumbra el fuego sagrado; la raíz de mandrágora es antiespasmódica; la dedalera proporciona digital que acelera el latir del corazón; las amapolas contienen opio; la hiedra tiene hojas tóxicas, y sus flores ofrecen a la abeja la miel tardía. En cambio las bayas del muérdago no tienen propiedad alguna medicinal aunque son tragadas con avidez por los palomos silvestres y otros pájaros no migratorios que también las comen durante el invierno. Las hojas carecen asimismo de toda propiedad y la madera, aunque dura, vale para bien poco. ¿Por que motivo, pues, se ha venido considerando al

muérdago como la más sagrada de las plantas y una especie de «curalotodo»? La respuesta tal vez resida en que los druidas la consideraban como emblema de sus creencias. En realidad se trata de un árbol que no lo es y que se adhiere lo mismo a un roble que a un manzano, un álamo, un haya, un abrogo e incluso a un pino. Crece y se conserva verde, nutriéndose de las ramas superiores cuando el resto del bosque parece dormido, y se dice que su fruto es capaz de curar afecciones anímicas. Sus retorcidas ramas se cuelgan del dintel de las puertas invitando a los besos festivos. El simbolismo es evidente si se le compara con las ideas sáficas. En efecto, el pensamiento sáfico no es un árbol por sí mismo como sucede con las religiones sino que se integra en un árbol ya existente; conserva su verdor aun cuando el árbol permanezca dormido (las religiones mueren por culpa del formalismo) y la fuerza que lo impulsa es el amor, pero no una pasión animal ordinaria o un afecto puramente doméstico sino el sorprendente y repentino reconocimiento de un amor tan sublime y elevado que hace brotar alas del corazón. De manera curiosa, la zarza ardiente en la que Dios se apareció a Moisés en el desierto está considerada por los actuales especialistas bíblicos como una acacia envuelta en el rojo resplandor del follaje de un *locanthus*, equivalencia oriental del muérdago<sup>[1]</sup>.

Aunque no menciona el muérdago u otro *locanthus*, ellos son el emblema visible del secreto fluir de las ideas a que estas líneas se refieren.

La diosa o musa irlandesa Bridget tenía un aspecto triple, igual que pasa con la musa que cita Ibn el-Arabi; y no sólo por ser a la vez ninfa, doncella y anciana, sino por presidir tres reinos espirituales: el de la poesía, la curación y el trabajo manual. No importa aquí demasiado si dicho concepto es irlandés o si vino de Oriente junto con los complicados arabescos del arte medieval de la iluminación y las curiosas formas persas o arábicas de los poemas irlandeses

del siglo IX. A este propósito mencionaremos una bien conocida cruz céltica de dicha época en la que figura la fórmula árabe *Bismillah er-Rahman, er Rahim* (En nombre de Alá, el Misericordioso, el Bondadoso), prueba de que el sufismo concuerda con ambas religiones.

Tal vez convenga resaltar que el arte y la arquitectura islámicos más nobles son sufíes, y que la curación de enfermedades, sobre todo las psicósomáticas, se practica normalmente por los sufíes actuales como deber natural, aunque no hasta haber estudiado durante un mínimo de doce años. También los *ollamhs* eran sanadores y estudiaron doce años en las escuelas de su tierra boscosa. El médico sufí no debe aceptar pago alguno superior al importe de un puñado de cebada, ni imponer su voluntad sobre el paciente, como hacen la mayoría de psiquiatras, sino que luego de sumirlo en un estado de profunda hipnosis, le obligará a diagnosticar su propia dolencia y a prescribir la cura. El médico indica entonces cómo impedir la reincidencia de los síntomas. Ahora bien, la demanda de curación debe proceder del propio enfermo, no de su familia o de quienes deseen verlo restablecido<sup>[2]</sup>.

Luego de haber sido conquistadas por los sarracenos en el siglo VIII, España y Sicilia convirtiéronse en centros de civilización islámica famosos por su austeridad religiosa. Pero los estudiosos que, procedentes de tierras del norte, afluían a ellas con el fin de comprar obras árabes para su traducción al latín, no se interesaban por la doctrina islámica ortodoxa sino únicamente por la literatura sufí y por algún que otro tratado científico. Las canciones de los trovadores — palabra que no guarda relación alguna con *trovar* o encontrar sino con la raíz árabe TRB que significa «tocador de laúd»— han quedado definitivamente establecidas como de origen sarraceno. El profesor Guillaume señala en *The Legacy of Islam* que poesía, romances, música y bailes, especialidades sufíes, fueron tan mal acogidos por las autori-

dades ortodoxas del Islam como por los obispos cristianos. En realidad lo árabe, aunque propagador de la religión musulmana y del pensamiento súfico, permaneció independiente de ambos.

La isla de Mallorca, donde he vivido desde 1929, fue conquistada a los sarracenos en 1229 por el rey Jaime I de Aragón, luego de haber sido retenida cinco siglos por aquéllos. El rey eligió como emblema un murciélago que aún aparece en el escudo de Palma. Este murciélago me ha tenido perplejo largo tiempo ya que la explicación local de que equivale a «vigilancia» nunca me pareció adecuada, debido a que según el cristianismo se trata de un ave de mal agüero relacionada con la brujería. Luego recordé que Jaime I había entrado en Palma con la ayuda de los Caballeros Templarios y de dos o tres notables moros disidentes que vivían en otro lugar de la isla; que los Caballeros habían instruido a Jaime en *el bon saber* o sabiduría, y que durante las cruzadas los Caballeros Templarios fueron acusados de colaborar con sufíes sarracenos. Me dije entonces que la palabra «murciélago» debía tener en árabe algún otro significado, que para los moros locales aliados de Jaime, posiblemente sufíes, fuera señal de que éste había sido instruido en su propio saber.

Escribí en tal sentido a Idries Shah Sayed, el cual me contestó:

«Murciélago es en árabe KHuFFaaSH, de la raíz tri-consonántica KH-F-SH, también con el significado de derrocar, arruinar, avasallar, quizá porque los murciélagos suelen poblar casas en ruinas. El emblema de Jaime I le proclama, pues, en forma jeroglífica como 'Conquistador' y así se le conoce en español. Pero eso no es todo. En la literatura sufí, y especialmente en la poesía amorosa de Ibn el-Arabi de Murcia, familiar en España, la palabra 'ruina' se refiere a una mente sumida en pensamientos malsanos que esperan su rehabilitación.

»Esta raíz posee otro tercer significado, que es el de 'visión débil: pupilas que sólo ven de noche', lo que indica un alcance más amplio que el de 'estar ciego como un murciélago'. Los sufíes se refieren al no regenerado como a aquel que está ciego ante la realidad, y también a sí mismos, como ciegos para aquello que sólo es importante para el no iluminado. Lo mismo que el murciélago, el sufí permanece dormido ante 'lo que se hace de día' o sea la lucha cotidiana por la existencia que tanta importancia tiene para el hombre común, y vigila mientras los otros duermen. En otras palabras: mantiene despierta la atención espiritual dormida en los demás. Señalar que 'la humanidad está sumida en una pesadilla de fracasos' es lugar común en la literatura sufí. La tradición que usted menciona respecto a Palma y a la 'vigilancia' como significado del murciélago no debe ser, pues, descartada del todo.»

Así pues, el escudo de Palma combina la jactancia de Jaime I respecto a haber quebrantado el poder de los moros que ejercían su mandato en Mallorca, con el uso encubierto de una metáfora que lo revelaba ante sus aliados como miembro de su propia comunidad. Puede ser puesto en duda si el rey Jaime I hablaba el árabe corrientemente; mas para la mayor parte de sus consejeros debió ser una segunda lengua, cuando no la primera. Por otra parte, millares de escritores se han empeñado en realizar combinaciones con los diversos significados de las raíces árabes, incluso en tierras donde no se conoce dicho idioma. Los poetas urdus y persas, de habla indoeuropea y no semítica manejan dichas raíces como si se tratara de fórmulas algebraicas.

Una capa llevada en su coronación por Rogerio II de Sicilia (1093-1154) y usada más tarde por Federico II Hohensaufen, emperador del Sacro Imperio (1197-1250), se exhibe hoy en la «Weltliche-Schatzkammer» de Viena. Idries Shah Sayed me ha explicado el simbolismo de la misma:

«En su centro destaca una palmera, que contiene los nueve elementos del 'mágico cuadrado de los quince', complicado diagrama atribuido a Geber (Jabir), el sufí al que los alquimistas latinos y los taoístas chinos reverenciaban por igual. Dicho emblema (palmera: NaKHL) se eligió porque la raíz triconsonántica NKHL significa también 'una esencia muy fina que desciende de manera impalpable' igual que sucede con el elemento divino *baraka* o "bendición". Entre otras acepciones con la misma raíz figura la harina tamizada y la lluvia suave. Como la palmera es árbol sagrado, que los árabes relacionan con el nacimiento, su inclusión en una capa real significa 'fuente de gracia'. Además, palmera se dice en árabe *tariqat*, vocablo técnico sufí que indica 'hallarse en el camino' o profesar el sufismo. A cada lado de la palmera figura un tigre abatiendo a un camello. La raíz árabe de tigre es NMR y la de camello JML. Así pues, NMR vence a JML. Pero NMR significa también 'atavío de la lana' y 'altísimo honor' y como sufí puede ser traducido por 'vestido de lana' y un altísimo honor junto con el amor constituyen los dos pilares esenciales del sufismo, la palabra 'tigre' puede sustituirse por la de 'sufí'. O sea 'el sufí vence al JML'. Este último tiene además el significado de elegancia. Como indicación de que el tigre y el camello son representaciones humanas, llevan un rayado parecido; que en el camello es más espaciado, mostrando así que un altísimo honor no es en modo alguno inelegante. En resumen, lo que el emblema viene a decir es que: 'Bajo la divina fuente de la gracia sufí, el altísimo honor del que viste de lana vence a la simple elegancia'.»

Según sabe todo sufí, adentrarse en el tema del amor conduce al éxtasis. Pero si los místicos cristianos consideran el éxtasis como una unión con Dios, y en consecuencia el punto culminante del perfeccionamiento religioso, los sufíes tan sólo le conceden valor en el caso de que el devoto

vuelva otra vez al mundo y continúe viviendo en él de acuerdo con su propia experiencia. La literatura occidental ha quedado influida de manera profunda por el tema del perfeccionamiento espiritual conseguido a través del amor, difundido de manera especial por los árabes españoles del siglo X, Ibn Masarra de Córdoba, Ibn Barrajan de Sevilla, Abu Bakr de Granada (aunque mallorquín de nacimiento) e Ibn Qasi de Agarabis en Portugal. El sabio sufí más conocido fue Averroes (Ibn Rushd), que vivió en el siglo XII y transformó el pensamiento escolástico cristiano.

Los sufíes han insistido siempre en el carácter práctico de sus ideas. Para ellos la metafísica es perfectamente inútil si no va acompañada de ilustraciones prácticas dentro de una conducta humana prudente, como suelen narrar las leyendas populares y las fábulas. Desde que los papas excomulgaron a los herejes donatistas por negar que el sacramento conferido por un clérigo malvado es tan válido como el que otorga un santo, el concepto de «no tomar como ejemplo los actos sino las palabras» se convirtió en lugar común en las iglesias. La autoridad del Evangelio parte de *Mateo XXIII, 2 ss.*, donde Jesús dice a sus discípulos que obedezcan las enseñanzas de los fariseos en todos sus aspectos, pero no tomen como pauta la conducta de los mismos fariseos. Para los cristianos Jesús es el ejemplo más perfecto y sublime de conducta humana. En cambio los sufíes, si bien lo consideran un profeta inspirado por Dios, citan este pasaje del cuarto Evangelio: «Y yo os digo: ¿no está escrito en vuestra ley que sois dioses?» (*Juan X, 34*) —lo que significa que jueces y profetas están autorizados para interpretar la Ley divina—, y sostienen que esta casi divinidad debería bastar a todo hombre o mujer, puesto que no existe otro dios más que Dios. Por iguales razones han rehusado aceptar el lamaísmo del Tíbet y las teorías hindúes sobre la encarnación divina. Y aunque los musulmanes ortodoxos les reprochan estar influidos por el cristianismo, consideran la encarnación sólo como parábola de las fuer-

zas latentes en el hombre, capaces de diferenciarlos de sus hermanos no iluminados. De igual manera interpretan de manera metafórica las tradiciones sobrenaturales del Corán, que sólo los no instruidos aceptan de manera literal. Según ellos, el Paraíso, por ejemplo, no ha sido nunca objeto de la experiencia de un ser viviente; sus huríes (seres-luz) no ofrecen analogía con ningún humano y no les pueden atribuir cualidades físicas, como en la fábula vulgar.

En toda la literatura europea abundan las referencias a la deuda contraída con los sufíes. La leyenda de Guillermo Tell figuraba ya en el *Parlamento de las Aves* de Attar (siglo XII) mucho antes de su aparición en Suiza. Y el que las agrupaciones de arqueros alemanes (si hemos de creer al *Malleus Maleficarum*, manual sobre la caza de brujas, del año 1460) disparasen sus armas «en nombre del diablo» contra unas manzanas colocadas de la misma manera que en Guillermo Tell, indica la influencia sarracena. Don Quijote, que aragoneses, catalanes y provenzales pronuncian «Kishotte», parece el más español de los españoles, pero el propio Cervantes reconoce que se valió de fuentes árabes para escribirlo.

Los eruditos han desechado dicha atribución, considerándola una broma quijotesca, pero la verdad es que el relato de Cervantes sigue con frecuencia de muy cerca las historias de Sidi Kishar, legendario maestro sufí que a veces se compara a Nasrudin, incluso en el famoso episodio de los molinos de viento (de agua en su caso) a los que también confundió con gigantes. La palabra española Quijada —el nombre verdadero de Don Quijote según Cervantes— deriva de la misma raíz árabe KSHR que Kishar, reteniendo su significado de «muecas amenazadoras». El beato Ramón Llull, místico y mártir mallorquín, admite haber escrito su famoso poema *Llibre d'Amic e Amat* (1283) siguiendo un modelo sufí. Y fray Anselm Turmeda, místico cristiano catalán convertido al islamismo, era conocido también como el ilu-